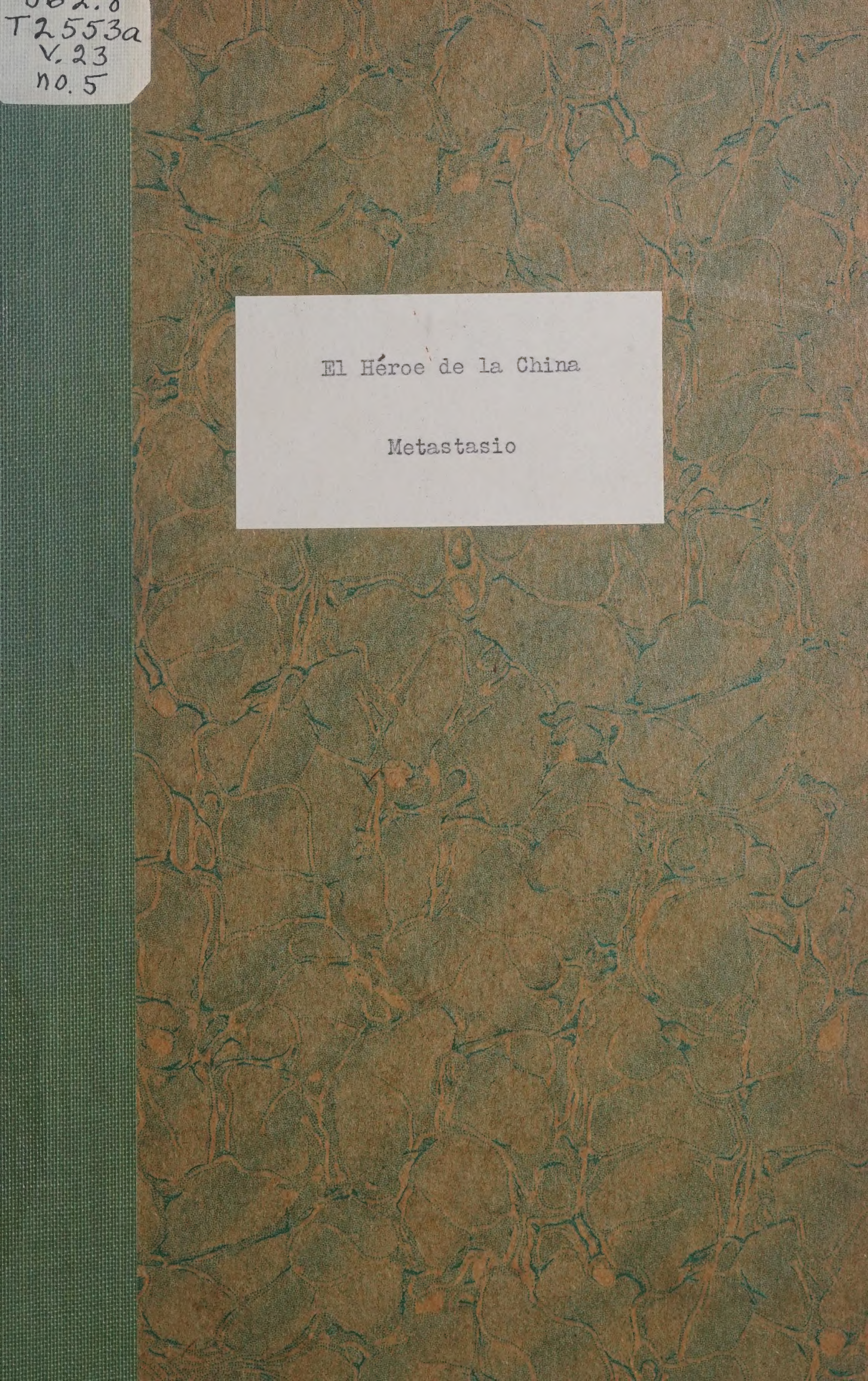
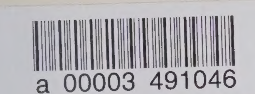


El Héroe de la China

Metastasio



Del siglo 18. arreglo de Metastasio

COMEDIA HEROICA (24)

EL HEROE DE LA CHINA

Metastasio

EN TRES ACTOS:

PERSONAS.	ACTORES.
Leango, Regente del Imperio Chino.	Señor Vicente García.
Siveno, creido hijo de Leango.	Señor Antonio Róbles.
Lisinga, Princesa Tártara prisionera	Señora María Vazquez.
Ulanía, hermana de la misma.	Señora Josefa Luna.
Minteo, Mandarin Militar.	Señor Josef Huerta.
Un Bonzo, ó Sacerdote de la China	Señor Antonio Baca.
Un soldado Tártaro.	Señor Thomas Ramos.
Un Soldado Chino.	Señor Agustin Roldan.
Comparsa de Chinos.	

La Escena se representa en el Recinto de la residencia Imperial á las orillas del rio Ve-joo que riega la Ciudad de Sin-ga-na, Capital de ella la Provincia de Ken-si

Vestibulo, que dá paso á los principales aposentos del Palacio Imperial: aparecen Lisinga y Ulania.

ACTO PRIMERO.

Ulan. Permiteme, que extrañe, hermana mia,
que quando al fin el cielo compasivo
extiende sobre tí su sacra mano,
llanto en los ojos y en la voz suspiros
ofrezcas al recuerdo de tu dicha.
Amarías ingrata el suelo chino
mas que la dulce patria, mas que un Padre;
que lexos de nosotras y vencido,
busca la libertad, que no gozamos
y qué espera lograr? De qual delirio
opreso el corazon gime y solloza,
si el aviso esperamos de continuo
de paz entre la China y Tártaria,
y de qué somos libres?

Lising. Ese aviso,
que tú deseas y que yo detesto
es la ocasion del triste llanto mio.

Ulan. Pues qué tan solo tú de los mortales
serás agena al sentimiento pio
del santo amor de los paternos lares?

Liseng. Nó, Ulania. Yo vería el cielo mismo,
baxo del qual nací, con dulce risa;
yo besaría humilde el trono invicto
de un Padre bienhechor y de un Monarca,
que soy su hija y Tártara he nacido.

Ulan. Pues bien, qué te detiene en estas playas
á pesar de tu gloria y tu alvedrio?

Lising. Ay hermana! yo amo,

Ula-

Ulan. Ama Lisinga!
y á quién amas?
Lising. Cercada de enemigos
y lexana del Padre y de la Pátria,
quizá tú culparás, que haya elegido
mi corazon amante. Pero, amiga
repruebe mi eleccion quien no haya visto
al hijo de Leango, á mi Siveno.
Ulan. Yo respeto tambien y en él admiro
la virtud y el valor que le acompaña:
pero ignoras quizá, que confundido
entre los que obedecen, ne es tu mano
á quien debe aspirar? que tú has nacido
en el Tártaro solio, y solamente
quien ocupe otro solio es de tí digno?
Lisang. Ay Ulania! lo sé. Sé que mi mi suerte
me condenó al dolor: que endurecido
el ambicioso hombre nos señala
por víctimas de un bárbaro capricho,
y que vendidas á la gloria agena
hacen de nuestro amor un sacrificio
al bien universal (tal fué por siempre
el pretexto cruel, que puso grillos
á nuestra libertad). Pero podias
ser insesible á llantos y suspiros,
á la virtud de mi adorado amante?
Nací en el trono, sí; mas yo maldigo
un trono, que me alexa de Siveno.
Ulan. Pero cómo ha podido hallar camino
para tu corazon, quien de tu Padre
el enemigo vencedor ha sido?
Lising. No ignoras tú la horrible desventura
del Monarca Livanio repelido
con ultrage del Trono de su Pueblo;
ni que el Chino cruel y vengativo
arrancó aun la esperanza de que un dia
le volviese á ocupar su postrer hijo,
que pequeñuelo infante dió la vida
al pérfido puñal de un asesino.
Huyó el anciano Padre á nuestra Patria
cargado de dolor, y circuido
de la imágen terrible y dolorosa
de su afrenta y su pena. En este asilo
espiró de pesar. Timur, mi Padre,
despreciando unos Pueblos sin caudillo,
y ambicioso quizá del Cetro ageno;
tremoló sus banderas al sonido
de la voz de conquista, que así anima
al vagabundo Tártaro, enemigo
de la pobreza de su esteril suelo,
y un exército inmenso entonó el Himno
de la desolacion y de la muerte.
Nosotras con las Tropas le seguimos,
segun nuestras costumbres, y llegamos
á las fronteras del Imperio Chino.
El prudente Leango, que aquel tiempo
privado le regía, alzando el grito
de guerra y libertad, juntó las tropas
de su Nacion, y del amado mio
confió la defensa de sus Lares.
Ay! tú le vistes sin pavor tranquilo
blandiendo el sable al vagaroso viento,
á vista del Soldado enardecido,
qual el Dios del combate. Tú le vistes
en busca del honor y del peligro
atropellar la muerte, rodeado
por todas partes de ella: dar auxîlio
á todos, él, y prodigar su vida.
Tú le vistes en fin, quando vencido
nuestro exército huía, y la victoria
enjugaba la frente de su amigo
mi vencedor amante, quán clemente
ofreció su perdon al fugitivo.
Tal fué por siempre el hombre generoso:
la gloria le conduce al enemigo,

le

le combate, le vence y le perdona,
y no ensangrienta el triunfador cuchillo
en la garganta del rendido pueblo.
Así le vimos pues, entre el bullicio
de las aclamaciones de victoria,
insénsible al orgullo, enternecido
de nuestra desventura, y así, amiga,
nos conduxo hasta aquí. Y en el recinto
de este Imperial Palacio, qué no ha hecho
por nuestro bien? Tú y yo somos testigos
de su alma piadosa, y las virtudes
de un corazon modesto y compasivo,
de un corazon humilde en la ventura
de un corazon, que quiere y es querido.
No imagines quizá, que débil tanto
yo le ofrecí mi amor, bastante altivo
para gemir en el silencio: acaso
yo no veía en él, sino un caudillo
enemigo á mi patria. Pero, hermana,
él regó con su llanto enternecido
los pies de una muger, muger vencida
y amante ya en secreto. Sus suspiros
y mi pasion, que hablaba en favor suyo,
ofreciéndome en él un héroe invicto
amante y humillado, le entregaron
un alma, que corria hácia sus grillos.
En fin amé y me amaron; y primero
se juntarán el Cielo y el abismo,
que dexarle de amar, y ser constante
á quien me dió su amor, y á quien dí el mio.
Ulan. No culparía yo que tú le amases,
si el respeto de un Padre :- mas qué miro?
dos Tártaros se acercan.
Lising. Ay Ulania!
Ulan. Qué recelas?
Lising. Que acaso concluido
el tratado de paz entre la China
y mi Tártaro Padre, es ya preciso
alexarme por siempre de Siveno.
Ulan. Velos aquí que llegan.
Sale un Soldado Tártaro con otro de la misma Nacion, que le acompaña.
Sold. Yo bendigo
un momento, que tanto deseaba
la Tartária. Por fin, me es concedido
besar libres los pies de mi Princesa,
que la ventura China hizo cautivos;
y Conductor de nuevas placenteras
vengo á postrarme á ellos.
Lising. Y yo estimo
vuestra noble lealtad; pero decidme,
cómo queda mi Padre? qué os ha dicho?
Sold. Vuestro Padre Timur béndice al Cielo
por la paz que á sus Pueblos afligidos
benéfico concede. El os envia
en este pliego de su amor indicios,
y os ordena por mí, que á sus mandatos
mostreís, qual siempre, un corazon sumiso.
Lising. Del Rey mi Padre adoro los preceptos,
y le obedeceré; partid tranquilos.
Quando debais volver á su presencia
os prometo advertir: andad, amigos.
Vánse los Tártaros.
Ay Dios!
Ulan. Lisinga, hermana, lee primero
lo que te escribe el Rey.
Lising. Ya lo imagino
demasiado, ay Ulania! Este es el punto
que por siempre tenia: el clima Chino
dexar debemos; en aqueste pliego
viene el cruel precepto, y yo te pido
me digas, si temia con justicia

las nuevas de la paz.

Ulan. Pero eso mismo
te debia alegrar. Al fin acaba
la dura esclavitud en que vivimos,
verémos Padre y Patria, y heredera
tú del Tártaro Solio, al afligido
Pueblo te restituyes, y retornas
á las grandezas y explendor antigüo.

Lising. Todo es verdad; mas dexaré
á Siveno.

Ulan. Pero bien sabes, que nació enemigo
y que nació vasallo.

Lising. Sé que amo,
que lo merece, que el primero ha sido,
y último amor será; que si mi Padre
me separa cruel del amor mio,
me mata sin saberlo.

Ulan. Oye, y aprende
constancia de tu hermana: yo suspiro
por el jóven Minteo; para siempre
quizá me alexo dél, sufro el martirio,
martirio que él ignora, y no me
quejo.

Lising. Oh venturosa tú, cuyo tranquilo
corazon así ama! Aún si puidera
á Siveno olvidar:- Deseo indigno!
oh! nunca sea, y me preserve el
Cielo
de tan mísero estado! me horrorizo
mucho mas de vivir sin adorarle,
que de morir constante al amor mio.

Ulan. Pero lee primero, quizá:-

Lising. Quiéres
arrancarme tambien el solo alivio
que me queda en dudar? Mas ay!
Siveno,
no me dexes, amiga, que oprimido
el corazon fallece.

Sale Siveno... Dime, es cierto
que te pierdo mi bien?

Lising. Ve aquí, querido
Alargando el pliego.
Siveno, quien lo manda. Aunqu
hasta ahora
no me quise enterar de mi destino,
lee, mi amor, y diga lo que quiera;
que será ménos dura al pecho mio,
saliendo de tus lábios, mi sentencia.

Siv. ,,Hija, ya es todo paz; mis enemigos *lee.*
ya dexaron de serlo, y es tu mano
del público reposo el blanco signo.
El héredero del augusto Trono
será tu esposo, y el Imperio Chino.
si ántes esclava, te verá su Reyna,
Leango no lo ignora, y el sigilo
contigo romperá. Timur.“ Oh Cielos!

Ulan. Pero cómo?:-

Lising. Quizá no has entendido,
mi bien, la regia carta.

Siv. Ay! nó, tú misma
puedes leerla.

Lising. Con temor la miro.
,,El heredero del augusto Trono
será tu esposo.“ Y dónde está? fingido
el destierro fué acaso, y la desgracia
del muerto Emperador? habla, bien
mio.

Siv. Qué quieres que yo diga? á mis
temores
solo falta un rival desconocido
para llenar el vaso de amargura,
que ante mis labios veo de continuo.

Lising. No fue Livanio del sagrado
Solio
por la venganza de su Pueblo mismo
con baldon arrojado?

Siv. Y quatro lustros
están para cumplirse.

Lising. En el olvido
de su destierro no acabó la vida?

Siv. Muy poco ántes de quedar cautivos
yo de tu amor, y tú de nuestras armas.

Lising. Y del tronco real:-

Siv. Cruel cuchillo

lo segó en sus raíces, y el postrero
de sus pimpollos, inocente niño,
murió en su cuna.

Lising. Y bien, este heredero
quién es?

Siv. Un Impostor.

Lising. Y tú, amor mio,
qué harás en mi favor, y en favor tuyo,
si es un Principe cierto y no mentido?

Siv. Qué he de hacer yo? morir.

Lising. Y abandonarme
en las manos de un bárbaro destino
que me conduzca á un trono que aborrezco
sin mi caso Siveno? Y tú tranquilo
me verias pasar en otros brazos,
quando ni el tierno llanto, ni el suspiro
me fuera permitido en la presencia
del rival de tu amor? Cielo benigno,
ah! no sea jamás, que rigoroso
impongas á Lisinga tal castigo.

Siv. Pero bella Princesa, qué pudiera
hacer yo por salvarte, si tú mismo
amor se opone á ello?

Lising. Tú me amas,
y lo preguntas? Dime, qué se hizo
aquel amor primero que mostrabas,
quando echado á mis pies enternecido
me jurabas, que solo de Lisinga
era tu corazon? Yo te dí el mio;
pero tú me engañabas.

Siv. Yo engañarte,
quando aprecio la vida porque vivo
para adorar tus ojos apacibles?
Pero, Lisinga, yo sería indigno
de la ventura que gocé algun tiempo,
si mi interés me hiciese él enemigo
de tu dicha, y amante codicioso
robase de tu mano el Cetro Chino,
que yo no puedo darte. Nó, Princesa:
mi corazon conoce el heroismo
de vencer su pasion, y de cederte
á un rival mas feliz, sino mas digno.

Lising. Odiosa heroicidad, que me cubriera
de un eterno dolor! Mas yo confio
que tu buen Padre (sabedor acaso
de que el Trono sin tí será un suplicio
para Lisinga, y que mi amor tan solo
es el consuelo de su caro hijo);
quizá me dexará ser venturosa.

Siv. Ah! no lo espero. Observador estricto
de la áustera virtud no será injusto
transgresor del contrato establecido
por prenda de la paz entre dos Pueblos,
y en vano le hablarán à favor mio
el amor y el respeto. Bien pudiera
apropiarse un Imperio, que á su arbitrio
puso un Monarca ausente y desgraciado:
bien pudiera tambien haber ceñido
la blanca Sien con la Imperial diadema,
que un Pueblo que le adora agradecido
ante sus pies ponía, no quedando
ni siquiera un renuevo del antigüo
árbol que nos dió Reyes. Pero firme
en su entera virtud despreció el brillo
de una efimera gloria.

Ulan. Y bien, ahora
qué pensaremos de él? Tú propio has dicho,
que quando huyó Livanio fue á sus ojos
hasta el último infante á hierro extinto:
luego este nuevo Príncipe que oculta
no será un Impostor?

Lising. Pero mi amigo,
el bien héchor Leango (y es posible!)

Cóm-

cómplice de un engaño ? ah! yo deliro.
Corre, vuela á tu Padre, sabe, aclara,
Sibeno, el tuyo y el recelo mio.
Sib. Sí, adorada Lisinga, ya obedezco:
y si el Cielo, en un tiempo compasivo,
no olvidó la piedad, quizá que extienda
en mi favor su mano. El es testigo
de mi inocente amor y mis promesas;
que yo adoraba en tí de sus divinos
atributos quizá la mejor parte;
y en fin, el sabe, que tu labio mismo
amor ó muerte pronunció al mirarte,
y amor ó muerte es el destino mio.
Vase.
Lising. Con qué toda mi vida será, hermana,
tan infeliz ?
Ulan. Ni gozarás tranquilo
quizá un solo momento.
Lising. Por qué causa ?
Ulan. Por qué acibarás con el mal temido
el bien que ahora gozas.
Lising. Qué yo gozo ?
Ulan. Sí: tú no partes, ves á tu querido
Siveno al lado tuyo, el ignorado
Príncipe no parece; qué peligros
puedes temer ? figúrate á lo ménos
que el Príncipe es tu amante.
Lising. Qué delirios!
son estos tus consuelos ?
Ulan. No ha vacado
este Solio ? no yace al fin marchito
el régio árbol ? del sagaz Leango
no es hijo tu Siveno ? y el invicto
y virtuoso anciano no es la gloria
y el amor de sus Pueblos ? pues si ha sido
Padre del Reyno, no podria acaso
hacerse su Monarca ?
Lising. Si ha podido,
por qué no lo hizo aun ? Como Privado
sostuvo el peso del Imperio Chino
y el público reposo; pero el Trono:-
Ulan. Leango lo guardaba á un perseguido
Monarca desterrado; mas ya muert
á quién lo ha de guardar ?
Lising. Ay! que imagino,
que demasiado por mi mal exîste
ese odioso heredero.
Ulun. Si has creido
que no es una impostura, tu consuelo
sea juzgar que es digno de cariño.
Lising. Calla.
Ulan. Y un nuevo amor borre la idea:-
Lising. Calla esa voz, que el corazon me ha herido.
Yo amor á otro? ay! aquel semblante
me enseñó amante á prodigar suspiros,
y si suspiro, siempre agradecida
de amor por él será: el fuego activo,
que ardió en mi pecho por la vez primera
tan solo adoraré, ni acaso extinto
otro se encenderá de sus cenizas,
que amo á Siveno, y por Siveno vivo. *Vase.*
Ulan. Minteo viene, voyme. O si supiera
quánto me cuesta este rigor!
Sale Mintéo. . . Bien mio,
bella Ulania, tú huyes? ah! si el rostro
del mísero Mintéo aborrecido
te cansa, ya te dexo: á Dios.
Ulan. Aguarda,
(qué agrado! qué modestia!) no te he dicho *aparte.*
que no me vieses mas ?
Mint. Es cierto.
Ulan. Luego
á qué vienes ?
Mint. En busca de mi amigo
el valiente Siveno, á quien diversos
Mandarines le buscan.
Ulan. Con qué es fixo,
qué no vienes por mí ?

Mint.

Mint. No.
Ulan. Y tú te acuerdas
de la ley que te impuse?
Mint. No la olvido.
Ulan. Pues sigue en busca suya.
Mint. Ah! no tan presto
te despidas, cruel.
Ulan. Si ya no es mio
tu corazon, de qué te quejas? dime?
Mint. Qué no es tuyo! te ofrezco en sacrificio
un alma, que te adora y no te ofende:
así como adoramos sin delito
el Númen Sacro y agradece el culto.
Ulan. Qué fino amor! *aparte.*
Mint. Pero si yo he podido
amándote ofenderte, á Dios te queda
por la postrera vez.
Ulan. Cielos!
Mint. Indigno
de estar ante tus ojos, de tí léjos
huiré desesperado: ni el suspiro,
ni el llanto turbará la paz serena
de tu bello semblante, y yo tranquilo
moriré, pues te aplace que yo muera.
Ulan. Mintéo, escucha. Acaso tú has creido
á Ulania injusta; no, no te aborrece.
Admiro tu valor, tambien admiro
tu virtud, tu modestia; mas:–
Mint. Qué?
Ulan. El hado
puso, por mi desgracia, un infinito
espacio entre los dos. Tu nacimiento:–
Mint. Con que al fin te desplace?:–
Ulan. El vil destino,
que te hizo ver la luz en baxa cuna.
Mint. Luego si fuese yo de tí mas digno?
Ulan. Ah! si fueses:– á Dios. Yo no pretendo
averiguar secretos, que escondidos
tu corazon reserva; mas no quieras
saber tampoco los que guarda el mio.
Esta altivez es hija de mi sangre,
pero jamás sabrás lo que ha sufrido
un alma, que pospone á sus deberes
la grata inclinacion de su cariño.
vase.
Mint. Ah! sí, mi bien, te entiendo: tú me amas.
aunque el labio calló lo que me dixo
el alma por tus ojos.
Sale Leango. . . Dí Mintéo,
á dónde está Siveno? no le has visto?
cómo estás tú sin él?
Ulan. Le voy buscando
por el Palacio, y verle no he podido.
Leang. Escúchame: le amas?
Mint. Si le amo!
Le amo héroe, compañero, amigo,
protector en la Corte, y en las tropas
mi defensor, mi guia y mi caudillo
por mi deber, mi amor y mi carácter.
Leang. Te acuerdas de quien fuiste?
Mint. Un desvalido
inocentillo infante abandonado
á un extrangero.
Leang. Bien, y ahora?
Mint. Vivo entre vivo lo pompa del honor y fausto,
y una gran parte del Imperio Chino
de mí depende, gracias á tu mano
benéfica y amiga.
Leang. Y al olvido
pudieras dar la gratitud qué debes?
Mint. Pero, Señor, y quál es mi delito
que este exâmen merece? por qué juzgas
á tu Mintéo ingrato? Ah! yo te pido,
que me arrebates otra vez tus dones,
que derrames mi sangre, yo tranquilo
á todo callaré; pero tu duda
no puedo tolerar.
Leang. Ven, hijo mio,
Mintéo amado, tu virtud conozco

y

y la aprecio; quizá este dia mismo
la deberé provar.

Mint. Dime:-

Leang. No es tiempo.

Mint. Hasta que no recibas un indicio
de mi fidelidad jamás ingrata,
no podré sosegar.

Leang. Busca á mi hijo,
que pronto le darás.

Mint. Ah! no lo dudes.
Tú eres mi Padre; el aura que respiro,
el honor, las virtudes, todo es tuyo,
si á tí no te soy fiel, á quién amigo
mi corazon sería? Si este fuese
capaz de ingratitud al compasivo,
al bienhechor Leango, á Cielos y tierra
me ocultára por siempre en el abismo. *vase.*

Leang. En fin, ya llegó el dia, que hasta ahora
tanto dolor, afanes y suspiros
costó á mi alma. El heredero oculto
mostraré ante su pueblo, y al vacío
Trono paterno guiará mi mano.
En fin, ya veo el puerto mas vecino
sin temer los escollos. Los Aütores
del revelde atentado el tiempo ha extinto
y disipó mi celo: sòn me fieles
los Xefes y las tropas, y escogido
un exército Tártaro se apresta
para volar en el socorro mio.
Ah! ya es tiempo, ya es tiempo. Y vos, supremas
Mentes reguladoras del destino
del mísero mortal, baxad propicias
de mi celo en favor. Me cuesta un hijo:
vosotras lo sabeis. Ay! yo no imploro
otro premio mayor de mi peligro,
de mi llanto, mi sangre y mis cuidados,
y muera yo despues, que harto he vivido.
Mas qué tumulto?:-

Voces. .. Solo de Leango
esperamos la paz: viva el benigno
Padre del Pueblo.

Salen Siveno, el Sacerdote y algunos del Pueblo.

Leang. Y dónde tan alegre
caminas, hijo mio?

Siv. A tus invictos
pies, ó Señor:-

Leang. Qué haces? alza. Y estos
qué buscan?

Siv. A su Rey.

Leang. Qué dices, hijo?

Siv. Al fin, el Cielo:

Leang. Alzad, ó no os escucho. *Se levantan.*

Siv. Al fin, el Cielo coronó benigno
tus virtudes, Señor. De tantos Reynos
conservados por tí, por tí regidos
y por tí victoriosos y felices
eres ya Emperador, sí Padre has sido.

Leang. Cómo?

Siv. Señor, los Grandes, el Senado,
los Ministros del ara y los Caudillos
solicitan tu asenso. Así lo exîge
la pública esperanza, y el peligro
del Trono ántes desierto, ahora tuyo,
y por todos en fin lo pide un hijo.

Sacerd. Virtuoso Leango, el Trono yermo,
por la falta de un Rey aborrecido
y muerto en el destierro, te convida
con este premio. El plácido rocio
sobre la ardiente arena del desierto
no le será mas grato al Peregrino,
que mirarte en su Trono al dócil Pueblo,
que adora en tí su Padre, en tí su amigo,
en tí su bienhechor, rumor confuso,
que anuncia un heredero, prevenido
su voz en tu favor. Bien deseára
de la raza Imperial gozar tranquilo
algun infante sobre el Chino solio:
pero

pero él sabe, señor, que han perecido
á manos de verdugos sanguinarios;
sabe tambien, que vengador cuchillo
cortó á raiz sus dulces esperanzas.
Y temiendo que un Príncipe fingido
no repita aquel dia de dolores,
aquel dia fatal, que dió principio
á la desolacion y la venganza;
á tí por su Monarca te ha elegido.
Y yo, Ministro del sagrado Templo,
Sacerdote de paz y del divino
Legislador *Confucio*, en nombre suyo
nuestra felicidad y paz te pido.
Sib. Ah! sí, Señor. Escucha grato un Pueblo,
que te aclama su Rey, dándote indicios
de eterno amor. Será que sin consejo
tus beneficios eches en olvido,
y que quando humillado te suplica
le niegues el mayor? Tan poco un hijo,
tan poco puede la afligida Patria?
Oye, Señor, escucha el regocijo
con que te llama Padre, con que invoca
tu amparo, y se prepara al sacrificio,
que debe preceder tantas venturas.
Sacerd. Vamos, Señor, que aguarda en el recinto
del regio Templo el numeroso pueblo
ansioso de besar tus pies invictos.
Leang. Tú quisisieras, Fortuna, la victoria *ap.*
de mi fidelidad; pero los brillos
de tu insidioso don no me deslumbran,
ni me guiará un cetro hácia el delito.
Siv. Qué piensas?
Leang. Qué preguntas? Sabes quánto
pesa el diadema de que va ceñido
el virtuoso Rey? quánto es dificil
dar exemplos y leyes? dar castigos
é inspirar el amor? ser Juez, ser Padre,
ciudadano y guerrero á un tiempo mismo?
Sabes quántos contrarios cautelosos
rodean su virtud? qué circuido
en delicia y placer se entrega al ocio,
ó á la crueldad le guia el imprescrito
poder que le confian? sabes quánto
seduce, quánto engaña el atractivo
de la lisonja, que en virtud transforma
las culpas de los Reyes y delitos?
Sib. Lo sé; tú me explicaste los escollos
de tan inmenso mar.
Leang. Y si vacilo
te causa admiracion?
Siv. Quando es experto
el piloto, Señor:-
Sacerd. Y qué peligro
puedes tú recelar? Quién supo sabio
la carga sostener de estos dominios,
Privado solamente, no podria
con nombre de Monarca? Yo te intimo
de parte de la ley, que tú te debes
al Pueblo en que naciste, al Pueblo mismo
que defiende tus Lares, y á quien une
lazo de estrecha sociedad contigo.
Hombres y Cielo te señalan todos
por nuestro Emperador, y tú remiso
no te quieras hacer reo á la patria,
negándole inclemente los auxilios,
que á tu mano benéfica le pide
contra algun ambicioso.
Leang. Yo confio,
que no turbe la espada usurpadora
la paz de que gozais. Partid, amigos;
convocad al Senado á quien espero
declarar mi intencion. Y tú, hijo mio,
sigueme al Templo, donde al Númen santo
invoques favorable á mis designios.

Vase

Vase acompañado del Sacerdote y Pueblo.

Siv. Ya te sigo, Señor. En fin, fortuna,
yo tan léjos del Solio, yo creido
desdichado por siempre sin la mano
de mi bella Lisinga, que enemigo
un rival mas felice me quitaba;
ya el heredero del Imperio Chino
solo espero venturas, triunfos, glorias,
que tan solo apetezco, solo estimo
por poder presentarme ante los ojos
de mi amable cautiva de ella digno.
Y yo pierdo un momento tan precioso
en vanas reflexîones? Cielo, amigo,
dónde estará Lisinga? Mas Leango
hácia el Templo camina, y es preciso
acompañarle en él. *va á irse, y sale Lisinga.* Siveno, escucha.
Siv. Ay esperanza mia!
Lising. Dí, ha mentido
mi deseo, ú es cierto que tu Padre:-
Siv. Sí, todo es cierto.
Lising. Luego el prometido
Príncipe de la China es mi Siveno?
Siv. A Dios, Lisinga, en breve á tus divinos
ojos, no mas amante, mas dichoso
tornaré. A Dios.
Lising. Mas oye. Este improviso
rayo de tu ventura como:-
Siv. Sabe:-
ah! no puedo, que aguarda el Padre mio. *vase.*
Lising. Y no sueño? y es cierto? sí mi amante
ve aquí dueño del Asia, y el temido
arcano manifiesto. Qué venturas
me anuncia el corazon con mil latidos!
y qué delicias llenarán mis dias
al lado de un esposo! no el suspiro,
no el llanto de la pena dolorosa
empañará sus ojos ni los mios;
el llanto del placer bañará solo
á Lisinga y Siveno. Ya le miro,
rodeado de un Pueblo que le adora,
derramar generoso beneficio,
y oygo su augusto nombre resonando
en boca del mortal agradecido.
Ya le miro en el Sólio sacrosanto
de la Justicia, y premios y castigos
pesar en su balanza. Ya guerrero
le miro combatir al enemigo:-
Ay! Pero la victoria le conduce,
y toma vencedor, jamás vencido.
En fin le miro deponer humilde
el lauro del combate, y desceñido
sacrificar á mis amantes ojos
sus glorias y su amor en el asilo
de inehausto placer:- Amable suelo
donde aprendí el amor! con qué tranquilo
amará ya mi pecho sin el miedo
de abandonarte mas? con que contigo,
caro Siveno, viviré por siempre,
y por siempre amaré? Ay! el delirio
de la felicidad turba mi alma:-
Agitada:- confusa:- un sudor frio
y un ardor inmortal corre en mis venas.
Ah! que tanta ventura es ya martirio
para un alma, que ama, y es amada.
Ay! afectos, que entorno al pecho mio
volais arrebatados! basta, basta,
no me apreteis, que de placer espiro.

ACTO SEGUNDO.

Miradores, desde donde se descubre una gran parte de la Ciudad, y el atrio Sale Minteo.

Siv. Déxame: caro amigo; mi martirio
no sufre compañía ni consuelo
Mint. Mas no tan presto pierdas la esperanza.

Siv

Siv. Qué he de esperar? no rehusó el Imperio
Leango? el heredero no pretende
hoy mismo publicar? pues qué consuelo
habrá para mi pena?
Mint. Tu constancia.
Siv. Y qué constancia habrá contra el acervo
dolor que me rodea? Ya invocaba
por todas partes el alegre acento,
el nombre de Leango; ya en el ara
ardia fausto el sacrosanto fuego
en la presencia del antigüo anciano,
Legislador de Reyes y de Pueblos
el divino *Confucio*, quando entramos
mi padre y yo por el augusto Templo.
Yo seguia sus huellas, como el hombre
á quien conduce amor por el sendero
de su felicidad, á quien promete
un trono en recompensa de su zelo,
y (lo que es mas) la mano de Lisinga.
Así lleno de ardor, cada momento
que tardaba mi padre en ser Monarca,
me parecia, amigo, un robo inmenso
sobre la dicha mia. En fin, devoto
el Sacerdote, derramó el incienso
sobre la llama, é invocó propicio
el numen siempre justo; y extendiendo
la mano en que pendia el diadema,
se la ofreció á mi padre. »Yo la acepto
(le respondió tranquilo); pero vuelva
sobre el altar. Legislador supremo,
anciano virtuoso, que ya moras
al lado de tu Dios, á tí la entrego,
á tí, oh custodia de las santas leyes!
te doy en guarda el trono del Imperio.
Tú sabes que hay un Príncipe. Sí, amigos,
(dixo, volviendo al Pueblo) un heredero
tiene la China, y pronto á los pies suyos
bendecireis el númen justiciero.»
Yo al oir á mi padre, qual herido
del rayo, confundido y sin aliento
me olvidé por un tiempo que exîstia;
pero salí del templo, maldiciendo
una ventura, que cruel huia
qual las fugaces sombras en el sueño.
Mint. Pero, Siveno, no te humilles tanto:
muéstrate digno del Imperial cetro,
quando lo pierdes.
Siv. Crees que yo llore
la pérdida de un trono? merecerlo,
no conseguirlo ha sido el voto mio.
Piérdase; la virtud no hará un esfuerzo
para sufrir su pérdida, no, amigo.
Mas tú, que sabes lo que oculta el pecho,
que ves arrebatarme con el trono
al dueño mio y que lo sufre el cielos
¿quieres verme tranquilo en dolor, tanto?
Mint. Digno eres de piedad, yo lo confieso;
pero....
Siv. A Dios.
Mint. Dónde vas?
Siv. Voy á alexarme
de este palacio. Amigo, yo no puedo
esperar aquí paz: de mi pasada
felicidad el doloroso aspecto
veria en todas partes. Pensaria
allí, en sus dulces ojos alhagüeños;
aquí, como admitió mi amor piadosa,
en esta parte, el amoroso ceño;
en aquella las quejas, las finezas,
nuevas prendas de amor. Cada momento
pensaria las veces que me dixo,
que moriria envuelta en llanto eterno;

ántes que abandonar el amor mio...
Y la vería yo pasar al lecho
de un felice rival! Déxame, amigo.
Mint. Mas dónde vas?
Siv. A dónde? me voy léjos
de este suelo fatal : dexa que huya,
que ántes lo amaba, ahora lo aborrezco.
Mint Pero piensas, huyendo de los hombres,
encontrar en los áridos desiertos
alivio á tu pesar? no, amigo mio.
Cercado en todas partes por objetos
de amarga soledad y silenciosa,
la imágen del dolor irá en aumento
en una fantasía á quien ocupa
la memoria del mal y desconsuelo.
Aquí donde la dicha se aparece
baxo semblantes mil siempre diversos,
te hará quizá muy ménos infelice
la dulce imágen de un felice pueblo.
Siv. Ah, que la desventura á todas partes
va en pos del infeliz! ¿Y qué consuelo
tuviera yo, que no le acibaráse
el mirar á mi bien con otro dueño,
un bien, que solo es mio, entre los brazos
de un mortal mas feliz? Ah! que no puedo
resistir una idea tan horrible.
No, yo debo buscar, caro Minteo,
la odiosa compañía de las fieras,
y renunciar al bien que aquí no encuentro.
Mint. Detente: Ulania viene ácia este sitio;
quizá en tu mal te ofrecerá consejo,
Sale Ulania.
Siv. Ah Princesa! conoces otro alguno
mas infeliz en todo el universo?
Mas donde está Lisinga? sabe acaso
mi desgracia? qué dice?
Ulan. Al sentimiento
insensible quedó.
Siv. Desventurado!
Huyó mi dicha como niebla al viento
huyó, y huyó por siempre. Aquella mano
y el corazon que prometió á Siveno
amor, será de otro?
Ulan. No lo creas.
Siv. Cómo?
Ulan. Porque aun á costa de un Imperio
te será fiel. Te ama, tus virtudes
son el solio à que anhela, y yo penetro
su corazon.
Siv. Mas no penetra el mio.
Sufrir yo que se mezcle al servil Pueblo
la que nació en el trono? un bien tan grande
á mi patria robar? quitar al cetro
su gloria y su ventura? ah! no lo creas,
ni me juzgué jamas á tal extremo
amante vil, ú Ciudadano indigno.
Ulan. Pues le queda á tu mal otro remedio?
Siv. Huir.
Mint. Dónde?
Ulan. Y á qué?
Siv. Donde no haya
alivio á mi dolor y á mi tormento
á llorar y á morir.
Mint. Pues qué á Lisinga
así abandonas?
Ulan. Oyela primero.
Mint. O la verás al ménos.
Siv. Hay amigos!
qué me decis? Al ver su sentimiento,
el corazon la pena aumentaria,
y en el último, á Dios, quedará muerto.
Mas vosotros decidla quanto sufro,
que la amaré por siempre, que va impreso
su retrato en mi alma, que.... no amigos,
ah! no, callad, que es débil aquel pecho
contra dolor tan grande, y no se agrave

su desveatura y su pesar. Yo quiero
morir; pero Lisinga, viva, viva
y muera solo el mísero Siveno.
Vase.

Mint. Si tu rostro es, Ulania, copia bella
del bello corazon, duelete al ménos
del infeliz amigo: ve á Lisinga
y á Leango á informar, parte al momento.
¿Quién sabe á qué pudiera conducirle
de dolor que padece?

Ulan. Y tú en el riesgo,
por qué así le abandonas?

Mint. No es posible,
que yo le siga porque ansioso vuelo
á sosegar un popular tumulto.

Ulan. Y quién lo mueve?

Mint. Ignoro al mismo tiempo
la ocasion y el autor.

Ulan. Mas por qué expones
al peligro tu vida?

Mint. Así obedezco
al venerable Alsingo.

Ulan. Quién es ese?

Mint. Quien niño abandonado en tierra y Cielo
me encontró, me acogió, limpio mi llanto,
y qual hijo educó. No me dió, es cierto,
mas conservó mi vida, y esta sangre
por él derramaré, pues á él la debo.

Ulan. ¿Y si acaso tu vida interesára
algun corazon noble que en silencio
te amase?

Mint. No presumo, bella Ulania,
tanto de mi ventura, ni merezco
ser amado quizá?

Ulan. Pero en fin, dime,
romperias acaso los preceptos
de quien te detuviera cariñosa,
y apartarse tu vida de algun riesgo,
que haria el riesgo suyo?

Mint. Y tú lo dudas?
Yo daria mi sangre al duro acero,
si su peligro, ó el precepto suyo
lo exîgiesen de mí; pero, primero
sería virtuoso, que no amante.
Esta luz que disfruto á quien la debo?
Ni quien guió mi planta en tierna infancia
por la senda del bien, sino el consejo
del bienhechor Alsingo? quién me puso
en el camino del honor supremo,
trayendome á palacio, y adestrando
mis manos al guerrero vencimiento?
En fin, quien conservó la vida mia
para ofrecerla ante los ojos bellos
de la divina Ulania, sino Alsingo?
Yo lo repito: si el primer aliento
de Minteo es de Alsingo, que él disponga
del último suspiro de Minteo.

Ulan. Qué generoso y grato!

Mint. En paz te queda.

Ulan. Oye.

Mint. Qué mandas?

Ulan. Es verdad que puedo
hacerme obedecer?

Mint. Pruevalo.

Ulan. Fio
en tí mismo de tí. Sabe, Minteo,
que debes responderme de tí propio,
y no arriesgar con temerario esfuerzo
una vida tan bella.

Mint. Dueño mio!
y es verdad? tú me amas?

Ulan. Yo! qué acento
he dicho yo de amor?

Mint. En tus temores,
en tu cuidado, en ese tierno afecto
y modesto rubor lo he conocido.

Ulan. Ah Minteo! y qué sirve el conocerlo?

Mint. De qué me sirve? de llenar mis dias
de mil venturas; de inocente premio
á mi amorosa llama, que no anhela
mas galardon, que ver tus ojos bellos
y la dulce esperanza de que un dia
seré quizá de tu cariño objeto.
Vase.

Ulan. Ah! no aguardes el dia que me anuncias,
que ya triunfó el amor de mi secreto,
y la debil Ulania su recato
depuso en fin. ¿Pero podia menos
de adorar la virtud? Sí, yo debia
ocultarte mi amor. ¿Y quál ingenio
pudo encontrar el arte de ocultarle,
ó de esconder la llama del incendio?

Sale Lising. Hermana, y me abandonas? nunca tuve
mayor necesidad de tus consuelos,
amiga, y tu favor. Ah! no me amas,
pues me olvidas así quando mas peno.

Ulan. Mas que tú piensas tu dolor me aflige.

Lising. Pues bien, asisteme, que no me encuentro
yo capaz de consejo. En solo un punto
temo, deséo, dudo, me arrepiento,
y sumergida en mil y mil delirios
me confundo, me canso y no resuelvo.

Ulan. Y ¿qué has de resolver? Timur tu padre
sabes que te destina al heredero
del cetro de la China, y que tu amante
está léjos del trono.

Lisig. Harto lo veo,
¿por qué me lo repites? te complaces
en aumentar mi amargo sentimiento?
Sí, lo sé; pero dexa al amor mio
que se finxa delirios lisongeros;
que sino ¿qué me queda, qué me queda,
perdida la esperanza?

Ulan. Pues de nuevo
torna á creer, que es Príncipe tu amante.

Lising. ¡Ay Ulania! tampoco es un remedio
el delirio á mi mal. ¡Triste Lisinga!
Quando me preparaba á un himeneo,
que iba á hacer las delicias de mi vida;
quando embebida en dulces devaneos
me juzgaba dichosa, un solo golpe
el árbol de mi paz abate al suelo,
y arranca la raiz de mis placeres.
¿Sabes, amiga, quanto es el tormento
del infeliz, que un dia fué dichoso?
Dolorosa virtud, yo te detexto
yo detexto á Leango, que ha podido
ser insensible á un solio, y á Siveno
me arrebató cruel.

Ulan. Princesa, hermana,
modera tu dolor, vuelve en tu acuerpo
y no culpes injusta al que obedece.
Tú eres el signo de la paz de un pueblo,
y el Tártaro Monarca así lo manda.

Lising. Pues ve aquí mi dolor y desconsuelo,
si un padre que me ama me condena
al sinsabor de un yugo que aborrezco.

Ulan. Pero así afirma la amistad dudosa
del Tártaro y el Chino y conociendo,
que el lazo de un tratado es harto débil,
pretende que la sangre lo haga eterno.

Lising. ¡Y yo seré la víctima mezquina,
que debe hacer constante y duradero
con su infelicidad este contrato!
¡y yo nacida sobre el solio regio
no gozaré la libertad que goza
aun el mortal mas vil del universo!
¡Oh vosotros mil veces venturosos,
vosotros que tranquilos en el seno
de dulce obscuridad podeis ser fieles
á quien amor os dicta, sin que el miedo
de aborrecidas leyes os perturben!
¡ay, cómo envidio el placido sosiego
de vuestro corazon! ¡ay, como envidio
lo que gozais y yo gozar no puedo!

Ulan.

Ulan. Hermana, yo confieso que tu suerte
es digna de mi llanto, y yo le vierto
sobre tu desventura; pero acaso
no habria un medio....

Lising. Calla que no hay medio:
que le ha cerrado el paso á mi fortuna,
cómplice con mi mal el duro Cielo.

Ulan. Escucha. Yo escribiera al padre mio,
descubriendo mi amor: él ama tierno
á su obediente hija, y no es posible,
que quiera hacer odiosos y funestos
los dias de su vida.

Lising. Es cierto, amiga:
corre á llamar veloz el mensagero
de Timur, entretanto que yo escribo.

Ulan. Voy.

Lis. Espera. Primero que á este puerto
retorne el mensagero: ¿quién, hermana,
me querra dar favor? Leango mesmo
me obligará á cumplir....

Ulan. Parte en su busca,
y que por tí difiera el himeneo.

Lising. Vamos.... ¿Pero qué causa he de fingirle?
¿Descubrirle mi amor? ¡ah! que no puedo
dar este duro paso. Si yo hallase
una razon..... ¿Mas dónde está Siveno?
¿por qué yo no le veo?

Ulan. No se atreve
á presentarse á tí.

Lising. Pero tú al ménos
le viste?

Ulan. Sí.

Lising. ¿Qué dixo? ¿qué medita?

Ulan. Medita su partida.

Lising. ¡Santo Cielo!
¿y por qué?

Ulan. Porque teme al dolor suyo
y teme á tu dolor que juzga inmenso.

Lising. ¿Y partió ya? *Ulan.* No sé.

Lising. ¿Qué no lo sabes?
¿Y esto, (guardias.). ¡cruel hermana!
y esto, *Sal.2. guard.*
pérfida me callabas? Guardias, ola,
á Siveno buscad, no perdais tiempo,
alcanzadlo, traedle. *V. los guard.*

Ulan. Pero trata
de moderar tu pena.

Lising. ¡Ay! huye léjos,
huye de mí, muger.

Ulan. Amiga, hermana....

Lising. ¡Tú mi amiga! ¡mi hermana! cruel pecho,
¡ha! no profanes tan sagrados nombres;
mi enemiga eres tú: ni en ese fiero
corazon derramó naturaleza
de amor y humanidad algun afecto.

Ulan. ¿Pero no escucharás...

Lising. Con que inhumana,
¿quándo yo amante procuraba medios
de hacer menor mi mal, tu doble alma
se burlaba traidora y en secreto
de todo mi dolor? ¡Con qué apariencia
de síncera amistad, de amor fraterno
me consolaba y mi Siveno amado
huia en tanto de la patria léjos
y léjos de Lisinga! Ay! si las guardias
le podrán encontrar? guiadlas, Cielos,
guiadlas donde esté.

Ulan. Quiza muy pronto...

Lising. ¡Ah pérfida muger! que tú me has muerto.

Ulan. ¿Pero qué pude hacer?

Lising. ¿Qué me preguntas?
detenerle, avisarme.

Ulan. Mas que el viento
huyó veloz de mí, sin que pudiera
contenerle tu amor, ni yo y Minteo.

Lising. Calla que me aborreces, enemiga,
y cruel ries de mi llanto eterno.

Ulan. Me culpas sin razon. En pena tanta
como tú me confunde, y no soy reo,
sino lo eres. ¡Yo cruel! me olvida

por

por ella de mi propia, y vituperios
son la merced que obtengo? A Dios. ingrata.

Lising. Ah! no, perdona, Ulania, el sentimiento
me hacia delirar. Hermana, amiga,
asisteme, procura que Siveno
no se aleje de mí: ve, compadece
mis lágrimas y amor.

Ulan. Iré; mas quiero,
que no te abatas ni envilezcas tanto.

Vase.

Lising. Ve á buscar á Siveno, y yo lo ofrezco.
Ay! si yo le perdiera, ¿qué sería
de mí desventurada y sin consuelo?

Sal. Leang. Al fin, Princesa, se llegó aquel dia
en que te ofrezca el labio los respetos,
que el alma te ofreció. Mi soberana,
hoy de la China el astro placentero
brillarás en el trono, y conducida
al tálamo real....

Lising. Oye primero.
Si ha de vivir ó preso entre cadenas
mi corazon, elijáse los hierros
el infelice; que si amor injusto
cruel le arrebatase este derecho,
¿qué le quedaba, sino pena y llanto?
En fin, si á tu virtud concedió el Cielo
disponer de un Imperio, el alma mia
no sufre la opresion: á mi deseo
he dispuesto ya de ella. A Dios, Leango:
busca otro astro para el Chino Imperio. *Vase.*

Leang. Quiero desengañarla: mas no, antes
quc los tártaros lleguen, mi secreto
no es justo aventurar.

Sale un Soldado Tártaro con un pliego.

Sold. Señor, las tropas
de Tartaria han llegado, y este pliego
sus caudillos te envian.

Leang. ¿Dónde quedan?

Sold. Al pie de las murallas.

Leang. ¿Péro el pueblo
no muestra alteracion al ver que pisá
un exército Tártaro este suelo?

Sold. Todo respira paz: quiza discurre,
que llega á la Ciudad con el intento
de celebrar la pompa de este dia,
de este dia feliz en que dos Reynos
esperan reunirse con los lazos
de una eterna amistad y el himeneo
de su bella Princesa.

Leang. Andad, amigo,
y decid á los Tártaros guerreros,
que presto servirán á mis designios
sus valientes espadas.

Sold. El deseo
que nos hizo elegir en favor tuyo
no será infructuoso. *Vase.*

Leang. A mi Siveno
es preciso buscar. ¡Quánta alegria
será la suya, si al augusto cetro
va unida su Lisinga! Mas leamos
lo que dice Timur. *lee.*

Sale Siven. Cielos! ya vuelvo
obediente al precepto de Lisinga.
Ay! que aun antes de verla, sudo, tiemblo:
no....¿mas puedo faltar á lo que manda?

Leang. En fin astros benignos, llegué al puerto,
llegó el socorro Tártaro.

Siveno. Lisinga
lo quiere y es preciso: mas ¿qué veo?
mi padre, huyamos, no penetre acaso
mi turbacion.

Leang. Escuchame Siveno.
(El Cielo me le envia.)

Siveno. ¿Y qué disculpa... *Ap.*

Leang. Señor. *se arrodilla.*

Siveno. Padre, qué haces? *le alza.*

Leang. No merezco
ese nombre.

Siveno. Por qué? tú lloras! dime,
¿qué lágrimas son esas que en tí observo?
misero yo! quiza de aquese llanto
que tus mexillas baña un hijo es reo.

Leang.

Leang. No tengo hijo.
Siven. Ah Señor! perdona,
perdoname mil veces: ya comprendo
que no apruebas mi amor, ni que atrevido
adorase á Lisinga. Es cierto, es cierto;
la culpa es grande; ¿pero habrá quien pueda
verla y no amarla?
Leang. Es justo, y yo te apruebo
el amor á tu esposa.
Siven. Mi delito,
¡ay padre! no merece los tormentos
de una burla cruel, quando su mano
de un Príncipe ignorado será premio.
Leang. Y tú eres ése. *Siven.* Quién?
Leang. El regio niño,
que arrebaté á la muerte en el sangriento
estrago de los suyos. Hasta ahora
regí por tí las riendas del Imperio,
suspirando aquel dia en que tranquilo
te devolviese el trono de tu pueblo;
y pues que ya llegó, venga la muerte.
Siven. Sera verdad ó acaso devaneo.
Yo...¿tú me engañas?
Leang. Nó: tú eres *Svenvango*,
último hijo de *Livanio*.
Siven. Cielos! ¿Y el trono. *Leang.* Tuyo.
Siven. ?Y mi Lisinga... *Leang.* Tuya.
Siven. ¡Oh venturoso yo! Lisinga.... ¿sueño?
ah! yo quiero que sepa...
Leang. Y dónde corres?
Siven. A verla.
Leang. Si me amas, yo te ruego,
que ninguno te vea en un estado
tan ageno de tí: vuelve en tu acuerdo
y considera..
Siven. Ay Dios! Lisinga llora.
Leang. Yo voy á consolarla. Tú en el templo,
miéntras los Sacerdotes y el Senado
se juntan por mi órden, con secreto
aguarda solitario, y entre tanto
ve preparando el alma al nuevo peso.
Medita quantos pueblos en tí esperan
su padre ó su tirano; á quantos Reynos
ora infelices, ora venturosos
podrás hacer; que todo el universo
sera tu juez; que la virtud ó el vicio,
sobre el trono admirados, son exemplos
que imita siempre el hombre; "que á los Reyes
les concedió el destino los Imperios
en custodia, no en don:,, que de sus obras
pide razon sobre su trono eterno
un Dios jamas injusto, que qual ama
al que fué amado del humilde pueblo,
tal ódia los tiranos, y en su frente
derrama las venganzas justiciero.
Siven. Sí, padre mio, haré... verás... quisiera
decirte mucho... mas Lisinga... el cetro...
todos tus beneficios...
Leang. No te afanes,
Señor.
Siven. Señor me llamas? ah! no quiero
sino ser hijo tuyo: en este nombre
está mi gloria toda. ¿Sin el zelo
de mi caro Leango, qué sería,
qué sería de mí? Tú mi maéstro,
mi bienhechor, mi padre, en fin mi amigo,
todo á tí te lo debo: amor, respeto,
fidelidad...
Leang. No mas, amado hijo, *le abr.*
que no puedo sufrir tan dulce afecto.
Perdoname, Señor, y si mi llanto,
y la sangre infeliz, que dí al acero
por conservar la tuya han merecido
al que Padre llamabas algun premio,
disculpa un hombre, que impaciente abraza
no à su Rey, á su hijo. Pero el tiempo

es precioso, Señor, y voy en busca
de la Princesa. A Dios. *le abraza vase*
Siven. Al fin ya puedo
llamar mia á Lisinga ¡Qué inefable
será quando lo sepa su contento!
Sale Mineteo. Amigo, escucha alguno?
Siv. Nó. *Mint.* Oh extraña
disposicion del hado!
Siv. Y qué suceso
es el tuyo?
Mint. Que el Principe ignorado
se ha descubierto ya.
Siv. Cómo tan presto
te llegó la noticia?
Mint. Y quién ha sido
quien la traxo á tí?
Siv. Leango mesmo.
Mint. Hubieras tú creido, que tu amigo
fuera un Monarca? *Siv.* Qué.
Mint. Que tu Minteo
fuera hija de Livanio.
Siv. Tú? *Mint.* Sí. *Siv.* Cómo...-
Mint. Y para hacerte sabedor primero
de una noticia tal á tí, venia,
mas puesto que la sabes, ni un momento
me puedo detener : á Dios
Siv. Escucha
(que es esto cielos)! Dí, y ese secreto
quien te le reveló?
Mint. Mi anciano Alsingo.
Siv. El que ignorado niño..
Mint. Yo le debo
á su engaño la vida: él me dio cuenta
de mi nombre, mi agravio y nacimiento
con el mayor sigilo. A Dios.
Siv. Mas oye.
Que testimonio ha dado de que es cierto
tu agravio antigüo, el nacimiento ilustre (ro-
y en fin de que es Minteo el herede
del cetro Chino?
Mint. Todo lo atestigua (mo
la lealtad del anciano. El dia mes-
en que sañudo un pueblo sublevado
tiró contra al Monarca el duro yerro
ví el sol la vez primera. Ya tú sabes,
segun nos ha contado en algun tiempo,
el fiel Leango, que la airada turba
entró en Palacio con furor rompiendo
matando atropellando quanto hallaba.
Huyó Livanio del revelde aceso.
Pero el pueblo cruel, que penetraba
por la regia mansion quizá sediento
de la sangre imperial, la iba buscando
de las Princesas en el blando seno.
Yo tambien pereciéra, tierno niño
abandonado de la tierra y Cielo,
si en mis propios verdugos no se hallase,
un hombre de piedad, que padeciendo,
su corazon en las heridas mías
me arrancó de sus manos, y asi embuelto
en las reales ropas, que conserva
en prueba de su amor, huyó encubierto
á los campos conmigo. Allí he vivido
oculto baxo el nombre de Minteo
hasta que tu buen padre generoso
me trasladó al honor, que de él obtengo.
tal es el testimonio de mi anciano.
Siv. Dónde estoy!) Pero al fin con qué pretexto
te lo ocultó hasta hoy?
Min. Vacio el trono
aguardaba ocasion en que sin riesgo
pudiese hablar; mas hoy en que á Leango
lo vió ofrecer y en mi á su justo dueño.
descubrió la verdad. Oh! si tu vieras
qual lo celébra el numeroso Pueblo!
Pero yo me detengo y mi tardanza
pudiera ocasionar con el rezelo
algun tumulto. A Dios, Siveno amigo,
que subdito ó Monarca serlo ofrezco,
Siv. Oye un instante,
Mint. A Dios. *vase.*
Siv. Eterno Númen,

qué

qué es esto? Soy *Sveraingo*, soy Siveno?
dónde estoy, ó quién soy? me engaña el Padre,
ó es mi amigo traydor? Ah! que no puedo
creer falaz á un Padre, ó á un amigo.
Mas cómo guarda un testimonio regio
de mi desdicha y la ventura suya
en la veste pueril? Sería cierto,
que pérfido Leango alimentase
mi alhagüeña esperanza, cuyo objeto
una cruel verdad disiparía?
Nó, que esto es imposible, no locreo.
Yo fuí testigo, que su grandealma
despréció un Sólio augusto Templo
que no la fuerza, á la pérfidia indigna
se lo ofrecian: lo ofrecia un Pueblo,
que adora en él las glorias y virtudes,
que hicieron venturosos los Imperios.
Mas lo guardaba para mí, que siempre
fuí el primero objeto de su anhelo.
Ora Rey, ora hijo ha demostrado
un amor paternal á su Siveno;
y harto virtuoso para hacerse
una burla cruel de su tormento.
Y si mi amigo es Príncipe? Lisinga:-
Ay! qué será de mí si yo la pierdo?
si quando imaginaba siempre amante
ofrecer á sus pies corona y cetro
la veo circuida del diadema
por una mano agena? Ah! yo te cedo,
venturoso Mintéo, Trono y gloria;
pero no me arrebates el consuelo
del amor de Lisinga, sino quieres
que muera de pesar y sentimiento.
Mas ella viene: huyamos, y no añada
dolor á su dolor.

Sale Lising. Gracias al Cielo,
mi bien, que te encontré. Mi Rey mi Esposo,
qué ya te puedo dar nombre tan tierno
y tan lleno de amor!

Siv. Desventurada! *ap.*
qué la diré, que no la rompa el pecho
con la saeta del dolor?

Lising. Te juro,
que no trocára el plácido contento
que gozo ahora con los mismos Dioses:
hoy :- mas tú, amado mio, tan inquieto,
tan triste con Lisinga?

Siv. Oh! Dios!

Lising. Acaso
no me amas, ingrato?

Siv. Y cómo puedo
vivir yo sin amarte?

Lising. Habló Leango?

Siv. Sí.

Lisig. No te dixo ya, que el Heredero
eres del sacro Sólio, y que Lisinga
es tu esposa?

Siv. Tambien.

Lising. Pues á mi dueño
que le puede afligir?

Siv. Ay! que por siempre
nací á la desventura y al tormento.

Lising. Pero por qué, quando risueña ofrece
su mano la fortuna con un cetro
y tu amante se llama toda tuya,
va mezclado el suspiro en los acentos?

Siv. Ni yo sé lo que soy, ni si eres mia:
yo deliro, yo sufro, yo padezco,
yo no sé :-

Lising. Habla, mi bien.

Siv. A Dios. *Lising.* Esposo.

Siv. Ah! no me des, Lisinga, el nombre tierno,
que el corazon cruel me despedaza.
A Dios, Lisinga, á Dios. Yo espiro, Cielos. *vase.*

Lising. Mísera yo! qué es esto? se ha mudado?

me aborrece quizá? pudo un momento
arrancar de su alma aun la memoria
de su primer amor y juramentos?
Es este el mismo hombre, que ha un instante
me llamó suya ante mis plantas puesto
y me ofreció su fé jamás extinta?
Quién le trocó, que un bárbaro silencio
dió por respuesta á un alma enamorada,
á un alma, que buscaba su consuelo
en la felicidad de su tirano?
Quando giraban sin vagar risueños
mil delirios suaves á mis ojos
empapados en llanto placentero,
que el amor derramaba: quando amante
volaba á tener parte en el inmenso
placer de tu ventura, cruel hombre,
indiferencia fria será el premio!
Tú me aborreces, sí, tú me aborrecés:-
Aborrecerme! ah! no fue su pecho
perjuro para mí, ni el virtuoso
exercito el engaño: quizá el Cielo
le aquejaba cruel con nuevos males,
que me quiso encubrir, ó el Trono regio
segunda vez le arrebató inclemente.
Pero, dichosa yo, si solo pierdo
una gloria fugaz, no apetecida,
y conservo su amor como primero.
Yo lo renuncio todo y la esperanza
de llegarlo á gozar, sino el consuelo
de amar y ser amada:- Númen santo,
quítame el Trono, y déxame á Si-Siveno.

ACTO TERCERO.

Sitio solitario y umbroso del jardin imperial y fuente á un lado. Sale Siveno, y despues Soldados Chinos.

Siv. Dónde estará Lisinga? en fin, oh!
Cielos!
pues que me obligas á emplear la fuerza
por conservar un bien, que tú me diste
y que tú me arrebatas; á tu cuenta
irá mi muerte á manos de mi Pueblo,
é irá la sangre que mi espada vierta.
Pero dónde estará, que no la encuentro
por Palacio á mi amable prisionera,
ni por este jardin? Graciosa fuente,
tú que viste algun dia las ternezas
del amor de Lisinga y de Siveno,
tambien serás testigo á la violencia
de un rapto que asegura mi ventura.
Pero mi Tropa viene.

Salen Comparsas Chinos, y el Soldado que los conduce.

Siv. Y la Princesa
amigos, dónde está? la habeis hallado?

Chi. En vano hemos corrido en diligencia
el Palacio Imperial en busca suya
sin perdonar la estancia mas secreta,
cumpliendo con tu amor; pero sin duda
huyó de esta mansion, que en torno cerca
un Pueblo armado.

Siv. Qué decis? acaso
ha roto en en su furor la Imperial puerta
alguno de la plebe amotinada?

Chi. Né, Señor: todo yace en paz serena
en el sacro interior de este recinto,
y el Pueblo ante sus muros aun respeta
la mansion de sus Reyes: pero acaso,
si á poco tiempo no la mira abierta,
usará de la llama, introduciendo
en ella otro Monarca.

Siv. No me inquieta
el deseo trydor, que con mi acero
presto castigaré: Lisinga bella
es ahora el objeto de mi miedo,
y es preciso buscarla y defenderla.

Ami-

Amigos, si el amor, los beneficios,
si una vida al peligro siempre puesta,
y quizá por salvarnos; si las palmas,
que arranqué al enemigo en la pelea,
y que ciñeron vuestra sien invícta,
quizá regadas con mi sangre mesma,
el dia de los triunfos, pueden algo
sobre la gratitud: seguid mis huellas
en busca de Lisinga, que la suerte
me procura quitar porque yo muera.

Ch. Caudillo generoso, ya tú sabes
nuestro valor y la amistad eterna
que te juramos; guia.

Siv. Pues seguidme,
penetrando la estancia lisongera
del jardin. Cielo santo, no permitas,
que un rival mas dichoso la posea.

Vase por la parte opuesta á la por donde sale Lisinga.

Lising. Soledad deliciosa, que algun tiempo
testigos fuiste á llantos y promesas
de mi caro Siveno; ay! quán en vano
busca mi alivio en tí mi dura pena!
ay! quán en vano regarán mis ojos
de mi primer amor las caras huellas,
que aún en tí veo impresas! Cielo santo,
qué te hice yo jamás, que te ensangrientas
contra dos infelices que se aman?
ó por qué mi esperanza lisongeas
con un don, que arrebatas quando pienso
que le voy á gozar? Ya el diadema
me ceñía la frente con mi amado,
y rayo asolador en torno vuela
que tala mi ventura fugitiva.
Me ama Siveno, ú la enemiga estrella
enagenó su corazon? mas Dioses!
qué tumulto:-

Salen Siveno y los Chinos, que se fueron con él.

Siv. Lisinga?

Lising. Qué te altera?
qué buscas? qué me anuncian esas armas?

Siv. A vuestra fé, Soldados, recomienda
el mísero Siveno en su Lisinga
la mitad de su alma. A toda priesa
conducidla á la Torre, que las aguas
del ancho rio bañan. Defendedla
y vedla en su amparo. Sus pisadas
sigue, mi bien, y á tu Siveno espera,
que tornará veloz.

Lising. Caro Siveno,
y quál nuevo peligro me rodea?
á dónde vas?

Siv. El Pueblo amotinado
inunda la Ciudad, y su violencia
pretende introducir en el Palacio
un nuevo Rey, que en su delirio crea,
y voy á refrenarle.

Lising. Escucha: ó tente,
ó llévame contigo donde pueda,
si tú mueres, morir.

Siv. Nó, que tu riesgo,
adorada Lisinga, el mio fuera:
mi corazon temblára al solo amago
de un acero desnudo. En paz te queda;
vuelvo al momento.

Lising. En paz, (oh Dios!) y en tanto
vas á arrostrar la barbara fiereza
de todo un Pueblo!

Siv. Nó; de este Palacio
corre feroz el vulgo á la gran puerta
y allí grita en tumulto. Yo por otra,
que al rio dá donde mi gente espera,
le heriré por la espalda: los cobardes
poco resistirán. Mi bien, no temas.
Pero tú lloras?

Lising. Y podré sin llanto
verte correr veloz á tanta empresa?
ah Siveno!

Siv. No llores y he vencido.
Esas hermosas lágrimas penetran
mi pecho de temores; y tu amante,
que esgrimirá la espada en la pelea,
y la verá esgrimir sin miedo alguno
se

se desanima y afligido tiembla,
quando te vé llorar:- ah! basta, basta
el dulce palpitar, que amor me cuesta.
Vase Siveno con una parte de los Soldados.
Lising. Dioses, dadle favor.
Sale Lean. con Guardias. Dónde, Lisinga,
caminas tan turbada?
Lising. Y tú no vuelas
á socorrerle? un popular tumulto
amanezca el Palacio :- la sorpresa:-
Lean. Desecha el miedo, todo está seguro.
Lising. Cómo seguro?
Lean. Ignoras, tú, que llega
el exército Tártaro, que envia
tu generoso Padre en mi defensa,
y hácia aquí se encamina conducido
por sus nobles Caudillos?
Lising. Y si mientras
el vulgo pertinaz el Atrio inunda,
nos dará el tardo auxîlio en quien esperas
venganza y no defensa.
Lean. Mis Soldados
custodiar el Palacio y los gobierna
el valiente Minteo; bien podemos
fiar las vidas á su fuerte diestra.
Lising. Luego por qué Siveno en el peligro:-
Lean. Cómo el peligro?
Lising. Por la oculta puerta,
que da en la orilla del undoso rio
va encontrar los reveldes?
Lean. Id apriesa,
guardias á detenerle. *Vánse los Guardias.*
Lising. Andad, amigos.
Lean. Quánto es dificil moderar la ciega
pasion de un jóven! Pero yo confio,
que tú refrenes, ó Lisinga bella,
el ímpetu ardoroso; que una Esposa
será mejor Maestra.
Lising. Ay! que no es hecha
esa felicidad para Lisinga.
Lean. Pero qué miedo tu quietud altera
ahora, que el peligro ya no existe?
Lising. Y lo podré creer? de pena en pena
tú sabes, que las mias se eslabonan,
y que quando descubro alguna senda
para mi bien, la ocupa el hado adverso,
sin dexarme alentar en la carrera
de un dolor, que me oprime, que me sigue
y que por todas partes me rodea.
Y no habré de temer?
Lean. Nó, que no hay causa.
Bella Lisinga, tu pesar consuela;
confiate en un Padre que te ama
tanto como á Siveno, y no le creas
capaz de consolar con ilusiones
á sus mejores hijos. Ah! ¿qué fuera,
qué fuera de las lágrimas vertidas,
si no pudiese realizar la oferta
de tu ventura y la ventura suya?
Sí, tu esposo será. Pueblo, nobleza,
sacerdotes, caudillos solo aguardan
ver en su frente el cándido diadema
para besar la planta de tu amado,
y adorar en el trono á su Princesa.
Lising. ¿Pero el pueblo que pide, qué pretende
con el acero en la rebelde diestra
y corriendo furioso?
Leang. Solicita
quiza ver á su Rey; pero la fuerza
le tornará tranquila, y las esquadras
que llegan de Tartária... En fin modera
tu sobresalto; todo te acobarda.
Lising. Ah! qué quieres? si en lágrimas envuelta
no conozco la dicha, sino en sombra
y el amor siempre teme.
Leang. Y siempre espera,
puedes tambien decir; pero ese tuyo
solo anuncia desgracias, y es baxeza
no creerse capaz de las venturas
de que vas á gozar.
Lising. El Cielo quiera...
Leang. Jamas el Cielo apareció mas puro,

Leang.

ni mas severo: la cruel tormenta
en amenaza está desvanecida;
llegóse al puerto en fin, Lisinga,
alienta.

Lising. Ah! tú me das la vida, que perdida
creí sin mi Siveno, y aligeras
el peso que oprimia el pecho mio:
quizá que mi esperanza lisongea
una falaz imágen de ventura;
pero entretanto vive y se consuela.
Yo me voy á la torre, y allí aguardo
á salir para el trono ó quedar muerta

Vase con los soldados de Siveno por la izquierda.

Leang. Esperaré el aviso de que al templo
llegaron los llamados: mi impaciencia
juzga un siglo el instante...

Sale Ulan. ¿A dónde, amigo,
adonde está mi hermana? Corre, vuela,
defiendenos, huyamos.

Leang. Pero, Ulania,
de qué tanto temor? no te avergüenza
ese miedo importuno?

Ulan. ¿Y tú, Leango,
permaneces tranquilo, quando intenta
un pueblo criminal...

Leang. Y tú, qué temes:
cerrada en el Palacio?

Ulan. Ah! que tu necia
confianza nos pierde! Yo, yo misma
ví del atrio Imperial la entrada abierta.

Leang. Y las guardias?

Ulan. Ninguno se resiste,
ni ninguno desnuda en su defensa
el acero leal.

Leang. Cómo! Y Minteo
qué hace? dónde está?

Ulan. Minteo anhela
á usurpar este cetro.

Leang. Quién? Minteo?
mi siempre fiel Minteo?

Ulan. No lo creas?
él guia el traidor pueblo, él le acaudilla.

Leango. Qué escucho! ¿y es posible que me venda
con tal perfidia?

Ulan. Fia en aquel rostro
donde brilla el candor y la modestia;
fia en su dulce voz...él viene, huyamos
de su acero fatal.

Sale Mint.

Leang. Traidor, espera.

M int. ¿Contra quién esa espada...

Leang. Contra un hombre
traidor, pérfido, ingrato.

Mint. Yo!

Lisang. ¿Son estas
las dulces esperanzas de mi anhelo?
¿la merced de mi llanto y de mi pena
y el fruto de mi amor? ¿De tu Monarca
pretendes ocupar la silla regia
y aún no murió Leango? Alma traidora!
No subirás al trono, sin que viertas
antes la sangre de tu antiguo padre
y de tu bienhechor: y miéntras vean
la luz del claro sol mis tristes ojos,
no ceñirá tu frente el diadema.

Mint. Pero escucha, Señor...

Ulan. Permite al ménos,
que se disculpe.

Leang. Y juzgas tú, que pueda
disculparse del pérfido atentado
de una traicion?

Mint. Pretenden, que yo sea
el Príncipe *Svenvango*: el pueblo clama,
y yo solo quisiera...

Leang. ¿Y tú gobiernas
las esquadras del pueblo? dí, perjuro.

Ulan. Pero dejadle hablar.

Mint. Y yo quisiera,
que solo me dixeses, si es que debo
oponerme ó seguir la plebe inquieta:
esto queria.

Leang. Sí, pero conduces
un pueblo todo, abriendo á su violencia
las puertas del palacio que te fio.

Mint. Palacio está seguro, que sus puertas
ninguno profanó: nadie me sigue
y solo vengo aquí.

Leang. Pues tú, Princesa...

Ulan. Yo ví al pueblo furioso ante la entrada
de palacio, ví abrirla, ví por ella
y entre la multitud que entró Minteo,
y yo corrí veloz á darte cuenta.

Mint. ? Y tú juzgaste que tu buen Minteo
te sería traidor, aunque la tierra
y el Cielo derramasen en su frente
con generosa mano mil diademas?
Ah! que yo no esperaba tal ultrage
de tí, Señor, y tu bondad paterna
se desmintió conmigo este momento.
¡Yo poseer un trono, sin licencia
de un padre bienhechor á quien le debo
quanto soy, quanto valgo! No me creas,
Señor, ingrato, y toma el cetro augusto
que la nacion humilde me presenta;
que yo á tu lado quedaré tranquilo
con que mi protector y padre seas,
adorando en Leango las virtudes,
que me faltan á mí y en él se encuentran.

Leang. Con que...

Mint. Tú solo eres de mi dicha
y de un trono que el hado me grangea
el arbitro y el dueño.

Ulan. Y no he de amarle! *Ap.*

Mint. Escucha y exâmina, en fin ordena
del Imperio y de mí: y hasta que hayas
decidido, Señor, para quien sea,
en rehenes del publico reposo
aquí Minteo prisionero queda,

Ulan. ¡Oh alma generosa!

Leang. Sin motivo
te culpaba, hijo mio; mas tu excelsa
virtud me excusa, y ella es tan sublime,
tan inaudita y noble, que supera
á mi esperanza.

Ulan. ¿ Y no será Minteo
el Príncipe, Señor?

Leang. No, Ulania bella.
Sigueme al templo y ante el sacro numen
te diré quien es Rey; tú del diadema
la gloria y el apoyo, tú la paga
eres de mis sudores y mis penas,
pero no mi Monarca; y sin embargo
ha llegado á tal signo la grandeza
de tu heroyca virtud, que solio y cetro,
hijo Minteo, has encontrado en ella. *Vase.*

Mint. Esperé, Ulania, que me hiciese un trono
digno acaso de tí; pero...

Ulan. Nó creas,
que eres indigno de mi amor sin trono,
ni que codicie dones de la estrella
quien ve brillar en tí virtud y gloria.
Yo te amo, Minteo: en vano ciega
de una ilusion cruel quise ocultarlo;
que no soy insensible á tantas pruebas
de un noble corazon como es el tuyo,
y nunca la virtud erró la senda,
que conduce al amor y que da paso
para las almas que el honor grangea.
Yo te amo, Minteo, y generosa
por quanto abarca la extendida tierra
no trocára tu amor.

Mint. ¿Qual de los hombres
fue mas feliz que yo? Bella Princesa,
amor mio, mi bien...

Ulan. Vamos al templo.

Mint. Sí, mas ve tú primero por que es fuerza,

que

que en compañía de Siveno vaya:
ve que voy en su busca; á Dios.

Ulan. Espera,
que no está en el palacio y sabe el Cielo,
si acaso volverá: por donde riega
los jardines el rio salió armado
encontra los rebeldes.

Mint. ¡Oh imprudencia!
¡oh temerario amigo! Yo me afano
por refrenar de un pueblo la violencia,
vengo prenda de paz á presentarme,
y va de nuevo ante la plebe inquieta
con su riesgo á irritarla. ¿Y yo me tardo?
¿y yo no le socorro?

Ulan. Tú me dexas,
ingrato, por Siveno?

Mint. Ulania mia,
él peligra y tú no.

Ulan. ¿Pero no es prueba
de poco amor...

Mint. De poco amor! ¡ah como
se engaña el dueño mio! Considera,
que un amigo traidor no es buen amante,
que en el alma inocente son eternas
tan suaves pasiones, y que el Cielo
con mano amiga las enlaza en ella.

Ulan. Sí, mi bien, es verdad, corre en su amparo,
ofrece al fin la generosa diestra
por tu mejor amigo; pero amante
guarda tu vida, si la mia aprecias.

Mint. Tú me la haces amable, y yo te juro
de conservarme para tí.

Ulan. Pues vuela
ya corre á tu Siveno, que en el templo
mi corazon será la recompensa.

Mint. ¿Qué no executaré, si á un mismo tiempo
el amor y amistad mi pecho alientan?

Vanse. Parte interior del templo Imperial; altar sobre que está la estatua de Confucio, y á su rededor varios discípulos en actitud de recibir la dectrina del Filósofo Chino, contenida en sus libros. Leango, el Bonzo y comparsa de Chinos.

Leang. En fin, pueblo dichoso, llegó el dia,
que señaló la sábia providencia,
despues de quatro lustros, en que adores
del árbol Imperial la rama excelsa
en el augusto Solio de sus padres.
El ignorado Príncipe, que esperas
y que hará tu ventura, es mi Siveno,
y á él le debes tu amor y tu obediencia.

Sacerd. Generoso, Leango si la espada
de un pueblo vengador hirió sangrienta
las débiles gargantas de los hijos
del Monarca Livanio en edad tierna;
por qué adulas con vanas esperanzas
á tu nacion humilde que desea
ver el cetro en tu mano y triste clama
por gozar la ventura que le niegas?
El trono es tuyo.

Leang. Basta, Sacerdote.
¿Quién os hizo Señores del diadema
para ceñir con él agena frente?
¿Con qué quando mi mano la conserva
para su dueño á costa de peligros
no alcanzaré mas gloria en recompensa,
que la de usurpador? Yo lo repito:
Siveno es vuestro Rey. Y tú que velas,
espíritu sublime y virtuoso.
sobre la suerte próspera ó adversa
del justiciero trono; al ara llego
á tomar en tu nombre aquesta venda,
que te dexé en depósito, que nunca
rodeará usurpada la cabeza
de un Rey que tú no apruebas, y que solo,
no á conseguir, á merecer anhela.

Sacerd. Pero aguarda, Señor: ¿dónde se halla
nuestro nuevo Monarca, que se aleja
de

del impaciente pueblo en el momento,
que se va á coronar?
Leang. Pasion violenta
de juvenil edad le expuso incauto
á los delirios de una plebe inquieta;
pero ya mandé yo, que le conduzcan.
Sale el Sold. Chino.
Sold. Señor, volad conmigo á la defensa
del valiente Siveno, que cercado
de aceros mil, que en torno le rodean
y todos sus parciales derrotados,
contra la multitud solo pelea.
Leang. ¿Y ahora vienes para darme aviso,
cobarde, del peligro en que le dexas?
corramos en su amparo.
Sale Lising. Es tarde, es tarde.
Leang. Qué dices?
Lising Qué ya ha muerto,
Leang. ¡Oh nunca sea
un infortunio tal? quién lo asegura?
Lising. Estos ojos (¡ó Dios!) mi llanto y pena.
Yo en la torre (aí de mí!) le ví atrevido
correr y combatir; mas sin defesa...
¡ah que no puedo hablar!
Leang. Cielo!
Lising. De flanco
embistió á los rebeldes, que pelean
en torno del palacio: se rehacen,
le circundan, le hieren, le atropellan,
le dexan sus amigos: él ocupa
una fragil barquilla y á la inmensa
multitud que le sigue, le hace rostro.
Pero la turba inunda su pequeña
barca, y por todas partes impelido,
flechado, herido y con la faz cubierta
en sangre suya y enemiga sangre,
cayó al rio y murió porque yo muera.
Leang. Y por que muera yo. Tristes amigos.
todo lo hemos perdido; ya no queda
ni aun la esperanza; el trono está desierto;
yo arrojé al viento qual menuda arena
mi pena y mi sudor. Cielo inclemente!
qual es mi culpa, qual que me atormentas
dilatando una vida de amargura?
Merecieron jamas tal recompensa!
mi honor y mi lealtad? Principe caro,
ah! de qué te sirvió la piedad tierna
de tu vasallo y tu mejor amigo?
Reusó en tu favor un diadema;
prefiero en fin tu vida á la de un hijo,
á la vida de un hijo, y luego.. oh! pena!
oh dia de dolor!! oh muerte! oh! muerte!
Aborrezco la luz que me rodea,
la luz de maldicion cruel por siempre,
que presidió al nacer á mi exîstencia.
Sac. Generoso Leango, no condeno
el dolor que te aflige, leal prueba
de un corazon amante de sus Reyes.
Tambien la China en su pesar envuelta
maldecirá por siempre el hado injusto,
que robó la esperanza lisongera
de adorar en su trono el sacro ramo
de la estirpe real: mas considera
que tu apoyo, tú Padre de la Patria,
á tí vuelve los ojos, de tí espera
medicina en su mal, y si tú faltas,
ay del mísero sólio á quien cruenta
orlada ceñirá, manchada en sangre
del ambicioso, que á ocuparle anhela.
Conservanos tu vida.
Leang. Ay! de mi vida
llegó el ultimo dia, ni hay quien pueda
hacerla grata para mí. Si ha muerto
mi Rey y mi Señor como...
Sale Ulan. Oh qué nuevas,
Leango, traigo!
Leang. Calla, lo sé, ha muerto.
Siveno.
Ulan. Vive, vive.
Leang. Y cómo...? apenas

palpita el corazon.

Lising. Y quál ha sido el Dios que le ha salvado?

Ulan. La fineza de su caro Minteo.

Lising. Ay! tú me engañas.

Leang. Es cierto?

Ulan. Sí. Cercano á las riberas
estaba ya del caudaloso rio,
quando entre mil espadas que le cercan
ve caer á Siveno. Pero hendiendo
la multitud, que ocupa las amenas
márgenes, salta al rio, y en un punto
llega á su buen amigo á quien liberta
de las ondas y la ira de su Pueblo.

Leang. Ah soldados, volemos y la fuerza
consiga el detenerle.

Ulan. Nó: el Palacio
tiene el frente y las tropas le rodean
del exercito tártaro: Minteo
le ha sosegado, y no es el que antes era
un pueblo sublevado sin caudillo:
solo pide á su Rey, sea el que sea

Leang. Mas dónde está Siveno?

Lising. Por qué tarda?

Ulan. Miradle con quién viene.

Salen Siveno, Minteo y Sequito de Soldados, que trahen cubiertos en unos azafates las vestiduras reales de un niño.

Leang. Ah! llega, llega,
ó tú de mí vegez honor, delicia,
precioso fruto de mi llanto y pena,
llega, ó tú mi Monarca.

Siv. Soy tu hijo.
No me ofrezcas, el cetro, no me ofrezcas
un don, que robaría de las manos
de mi libertador y que me hiciera
ingrato para siempre. Él heredero
ve aquí, ó pueblo, en Minteo de que pruebas
harto grandes dará.

Leang. Lee este pliego
Dandole uno que saca del pecho.
y dí, si hay prueba, que se iguale á esta.

Siv. Quien le escribió?

Leang. Livanio padre tuyo.

Mint. Luego quién seré yo, cruel estrella. *ap.*

Lee Siven. " Pueblo, mi propio hijo es hoy Siveno:
"yo fuí testigo fiel de la nobleza
"de su libertador, el virtuoso
" y constante Leango, que reserva
su vida para el Trono. Yo Livanio. «
No estoy en mí! mas dime: si yo fuera:-
(acercaos aquí) dime: conoces
esta manchada vestidura regia
con la sangre de un niño?

Lean. Ay Dios! qué veo?
cómo en tu mano está?

Siv. Calla: no era
la vestidura en qué *Svenvango* envuelto
la muerte recibió?

Lean. Nó, no era esa.

Siv. En estas ropas no murió? pues cómo?

Lean. Como mi caro hijo estaba en ellas.

Siv Y quién se las vistió?

Lean. Yo, que tranquilo
le ví por tí espirar, yo, que á la diestra
de sus verdugos ofrecí su vida
por conservar tu frente al diadema.

Siv. Oh! virtud sin exemplo!

Lising. Oh alma digna!

Ulan. Oh noble corazon!

Siv. Y un hijo cuesta:-

Lean. No mas, no mas. Por qué con tal imagen
acibarais el gozo, que enagena
al venturoso Pueblo en este dia?
ó por qué me quitais la recompensa
debida á mi virtud en los placeres,
que gozaba mi alma y ya desea?
Al ver ese ropage, al ver la sangre,
sangre de un hijo! el corazon flaquea,
y baxo del dolor gime oprimido.
Ah! que veo a mi hijo entre la fiera
multitud de asesinos, que me llama,

y

y en vez de hablar, la mano tiernezuela
extender á su Padre ensangrentada:
veo vibrar la espada, que atraviesa
una y mil veces su inocente pecho;
veo en fin, (oh dolor!) cómo se agegan
en el licor de muerte sus pupilas:-
yo lo veo y no muero á tanta pena!

Mint. Amado Padre, ah! yo soy tu hijo.

Lean. Qué dices?

Mint. Que yo soy á quien lamentas.
Alsingo me salvó casi espirando
envuelto en esa ropa, y su terneza
creyó salvar al Rey: por mí te hablan
las heridas que ves. Obeerva, observa;
tú eres mi dulce Padre.

Lean. Sostenedme,
amigos.

Se apoya sobre el Sacerdote, y Siveno despues de reconocer el pecho de Minteo.

Ulan. Oh ventura!

Lising. Oh Providencía!

Siv. Tú me quitas un Padre. *á Minteo,*

Mint. Pero vuelvo
al sucesor la investidura regia.

Sacer. Sí, virtuoso hijo, sí, Leango,
mas virtuoso aún: la mano eterna
de un Dios, que remunera las virtudes
se extendió sobre tí. Qué recompensa
mas alhagüeña para el alma grande,
que el ver que justifica su clemencia
con proteccion augusta sus desígnios?
Goza la gratitud de la Nobleza,
del Pueblo, del Senado, de tus Reyes.
Bendígate los Cielos y la tierra,
y adore humilde el hombre agradecido
la imágen de virtud, que representas.

Siv. Y yo seré el primero, que venere
este don de los Cielos, copia excelsa
de la Divinidad, Padre, Maestro
de mi primera infancia en cuya escuela
á envidiar su virtud aprendí un dia.
Y tú, Minteo, quánto me superas
en el premio, que el Cielo te guardaba!

Mint. Yo lo conozco, y la benigna estrella
me dispensa una gracia, qual ninguno
pudo creer llegar á merecerla.

Siv. Déxame al Padre mio, y toma el Trono.

Leang. Hijos, amados hijos, por clemencia
callad, no me apreteis, que ya no puede
mi débil corazon contra la fuerza
del placer que lo inunda. Eterno Cielo
venga ahora la muerte, que ya vuela
sobre mi blanca sien: hallé á mi hijo
y libré á mi Monarca. Qué me queda
ya que gozar, despues de tanta dicha
inutil peso sobre el ancha tierra?

Siv. No exîste en vano el hombre virtuoso.
ni se le ofrece al Dios que nos rodea
sacrificio mas grato, que de un alma
que exerce su virtud á la presencia
del hombre criminal. Vive, Leango,
vive á ser el modelo donde aprenda
la justicia tu Rey. Y tú Minteo
tú, libertador mio, porque veas,
que no soy insesible al benificio;
yo te doy mi amistad, te doy en ella
á Ulania por esposa; en fin, amigo,
para que no haya un premio, que le exceda
al premio que te doy, Leango es tuyo.
Sea tu Padre y mi maestro sea
quizá tú mas feliz en ser sn hijo,

que

que yo en ser tu Monarca. Y tú Princesa,
dispon de un corazon tuyo por siempre
y que pone á tus pies el diadema.
ising. Yo admito el grato don, Príncipe mio.
Tú sabes, si te amo y quanta pena,
quanto dolor me cuesta el amor tuyo.
En fin, riyó la suerte mas serena,
sobre mis desventuras, y ya riges
un trono, que no anhelo, que desprecia
mi corazon, si tú no le ocuparas
y ceñido de gloria en el te vieras.
Pero te veo en el y en él adoro
quien la virtud de mi Siveno premia.
Leang. Monarcas ventursos, sí yo os guio
al ara de la paz y la terneza
donde tranquilos bendigais mil veces
la benefica mano, que os reserva
para ser las delicias de mis años
y amor eterno de la Patria vuestra.

FIN.

En la Libreria de Cerro, calle de Cedaceros y en su puesto calle de Alcalá, se hallará ésta, con la coleccion de las nuevas.

Amigo: yo mismo ignoro el nombre, que deberé darle á mi trabajo. Porque aunque verdaderamente ni el argumento, ni el plan sean mios, ni la mayor parte de los versos no reconocen á otro por autor, que á mí solo. El celebre poeta Italiano, que sabía el dilatado intervalo, que ocupa la Música en los Melo-dramas, no pudo estenderse en lo que meramente se recita, que la traducion de ello ocupase el tiempo, que duran regularmente nuestras Comedias. Por lo mismo me ha sido fuerza añadir un número de versos algo mayor, que el de los traducidos, inventar escenas, y crear personages, de los quales uno es el Sacerdote, y sino me engaño, habla, tanto en el teatro como en la sociedad por la primera vez uno de su clase en el lenguáge digno de su Ministerio y de la mansedumbre de su Mision.

Los multiplicados errores de un Poeta comun quedan confundidos con sus mismas obras lexos de alterar las ideas, que de la regularidad hemos formado. Pero los de un hombre tan justamente célebre como Metastásio pueden tener una influencia demasiado extendida, y no deben mirarse con la indiferencia de los primeros. Hablando en general, la presente Opera no es la flor mas bella de la corona del Poeta. El plan es inexâcto y cumplido, y complicado, y como en la mayor parte de las suyas, la duplicidad de la acion me roba el interes, que la unidad produce: y es harto extraño, que un hombre, que seguramente no era ignorante en el estudio de la naturaleza, echase en olvido que tanto en lo fisico como en lo moral, á proporcion de la extension que adquirimos, perdemos en profundidad. Pero sin duda algun motivo, que á nosotros se oculta, le obligaba á cometer tan de continuo este defecto.

Por otra parte, yo creo que Leango es el que unicamente interesa, y sobre quien debia recaer el premio. Metastásio, es cierto, que ha querido y ha sabido hacer interesante al virtuoso Leango; pero no ha satisfecho al Público en lo segundo. Por la constitucion del Drama no podia ser de otra suerte: pero la multitud, que ignora las reflexiones demasiado profundas, que deben preceder para que la satisfacion de serlo sea el unico premio del hombre virtuoso, exîge otras mercedes mucho mas familiares y sensibles para los que han sabido comunicarle sus intereses y pasiones.

La peripecia ó reconocimiento de Minteo se vé con tanta mas frialdad, que este es un personage puramente accesorio, destinado unicamente, desde el principio, como de recompensa á la virtud de su leal Padre. Sus versos son tan inutiles á la accion como el objeto de ellos, Ulania, por lo mismo frios y de ningun efecto.

En fin Lisinga no es otra cosa para el Publico, que lo que es una Dama respecto á la segunda, esto es: una muger cuyo papel por lo regular es mas largo; y el Expectádor no se pregunta, si Lisinga casará con Siveno, sino, ¿quien será el Rey? Estos creo, que son sus defectos en general. Pero en recompensa un dialogo noble y animado, una versificacion tan sencilla como suave y una armonia variada, que caracteriza las composiciones de su ilustre Autor, serán bastantes á reconciliarlos con él. Por desgracia, yo no habré podido quizá trasladar sus bellezas; pero tal ha sido siempre la suerte de los hombres mas dignos, y Metastasio quizá tiene mas razon, que otro alguno para quexarse de la suya.

